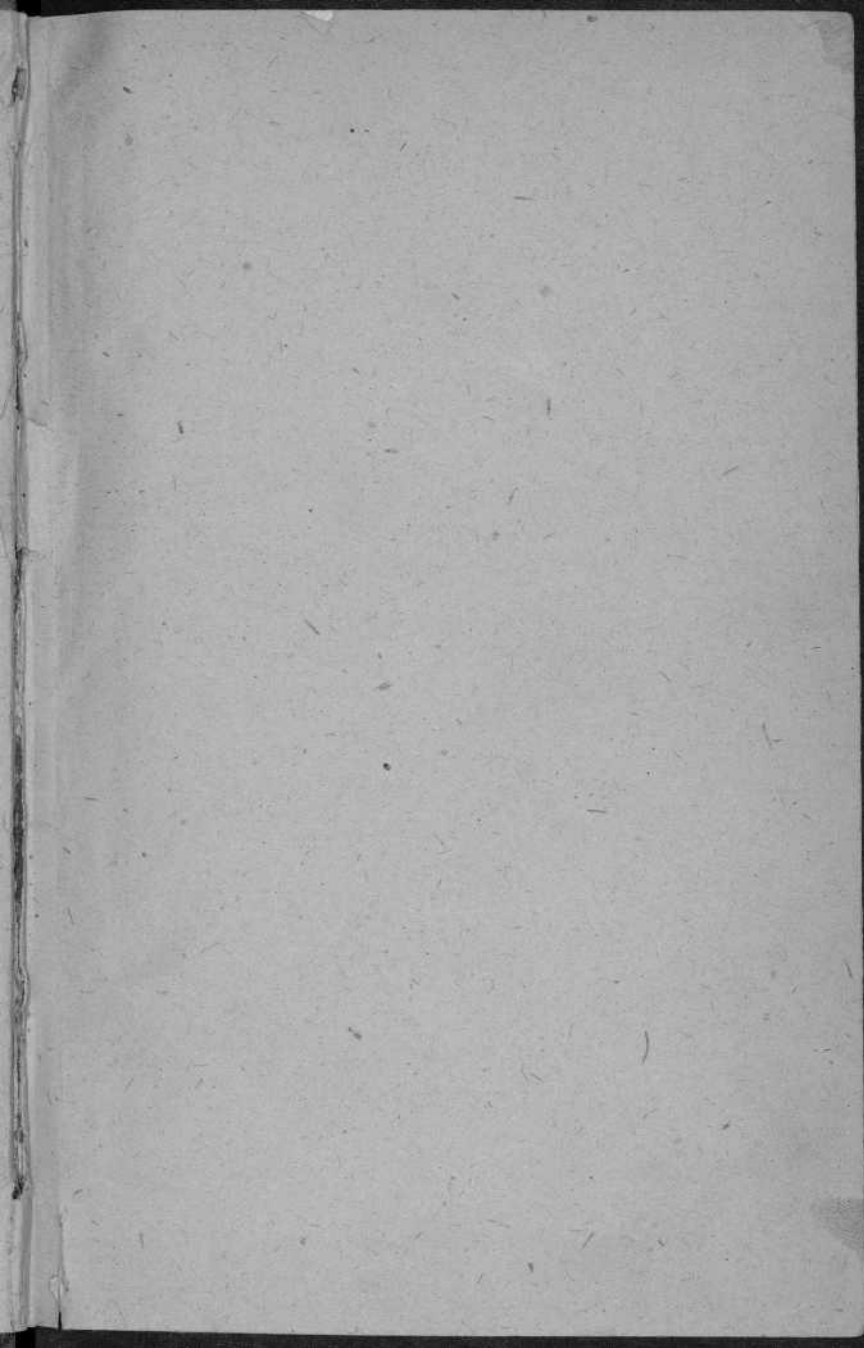


36

5991

13.736



EL SOPRANO

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

D. Julián Romea.



MADRID

IMPRENTA DE YENES.

1837.

PERSONAJES

ACTORES

GUIMBARDINI.....	<i>D. José Luna.</i>
EL CARDENAL.....	<i>D. José Galindo,</i>
EL PRINCIPE DE FORLI..	<i>D. Pedro Mate.</i>
GIANINO.....	<i>D.^a Matilde Diez.</i>
GERTRUDIS.....	<i>D.^a Josefa Ripa.</i>
UN CRIADO.....	<i>D. Ignacio Silvestri.</i>
CRIADOS.	

Roma.—El Palacio del Cardenal.

Acto primero.

Magnífico salon con pinturas, estátuas, vasos, etc. En el proscenio á la izquierda del actor una mesa con tapete.

ESCENA PRIMERA

GUIMBARDINI *solo mirando el reloj.*

El Cardenal no sale, ni parece por aqui nadie de la casa; yo les haria entender que á un artista no se le hace esperar asi... si no fuera por perder las dos horas que llevo de antesala. Ya he examinado todos los cuadros, los grabados, las estátuas... y no tendré mas remedio que volver á empezar. Vaya un palaciol vaya un lujo! esto se llama riqueza!... y yo que voy corriendo tras de esa ingrata deidad hace tanto tiempo, yo, Bartolomeo Guimbardini, músico eminente, la encuentro siempre en un tono tan alto que no hay escala ascendente que la pueda alcanzar.—(*Mirando á la derecha.*) Gente viene: es una muger. (*Haciendo repetidos saludos.*) Por la peana se besa el santo.

ESCENA II.

GERTRUDIS, GUIMBARDINI.

GERTRUDIS.—Quién será este facha? (*Aparte*).

GUIMBARDINI.—La señora sin duda es de casa?

GERTRUDIS.—Ama de llaves de Su Eminencia.

GUIMBARDINI.—Bien me decían que el señor Cardenal era hombre de gusto; ya empiezo á concebir esperanzas: el que gusta de lo bello, debe ser aficionado á las artes; y en calidad de tal, me atrevo á reclamar la proteccion de la señora.

GERTRUDIS.—Qué solicita usted?

GUIMBARDINI.—Una audiencia que he pedido ya varias veces por escrito... y venia en persona á saber la respuesta.

GERTRUDIS.—Y eso es lo que está usted esperando?

GUIMBARDINI.—Sí señora, hace dos horas y veinte minutos; y aunque por mi profesion estoy acostumbrado á contar las pausas... llevo ya tantos compases de espera...

GERTRUDIS.—Hola! usted es...

GUIMBARDINI.—Bartolomeo Guimbardini, artista, organista y célebre compositor, discípulo de Pergolese.

GERTRUDIS.—De veras?

GUIMBARDINI.—Nacido, criado y educado en su casa, hijo de su cocinera, que era al mismo tiempo el ama y la criada, *la serva padrona*, yo tenía cuatro años cuando murió aquel grande hombre, y ya en-

tonces en su casa daba yo vueltas al asador á compás; compás de dos por cuatro. Todo el mundo tenía en aquella casa inspiraciones musicales, todo era música. Genio creador y maravilloso! tú que fuiste mi maestro; otros dicen que eras algo mas que mi maestro... bien pudiera ser, y este es sin duda el móvil secreto que hizo arder en mis venas esta sangre musical, y esta fiebre ardiente que nunca me abandona; ya ve usted... (*Tomándole la mano que ella retira.*) Oh! no tema usted; esta fiebre no es contagiosa, al contrario, con ella no se pega nada, y en prueba de ello, véame usted aqui artista eminente, músico hasta la punta de los dedos, con veinte partituras en la cabeza y sin un cuarto en el bolsillo.

GERTRUDIS.—Y cómo es eso?

GUIMBARDINI. — Ah! la fatalidad!... He compuesto diez óperas, otras tantas misas... *Te Deum, de profundis* y .. qué se yo! Pues no lo creeria usted, todavia no he encontrado un alma bendita que se haya dignado escuchar una sola de mis notas.

GERTRUDIS.—Es posible?

GUIMBARDINI.—Nadie, nadie. Yo he puesto las óperas en misas, y las misas en óperas, pero no he podido hallar un director de teatro bastante audaz para atreverse á recibirlas y ponerlas en escena.

Diga usted, ¿no es un dolor
que en este siglo ilustrado
ha de estar tan despreciado
un triste compositor?

Yo trabajo con ardor:
pero ¿qué vengo á alcanzar?

que con tanto trabajar,
y con quemarme las cejas
no encuentro ni dos orejas
que me quieran escuchar.

GERTRUDIS.—Es una desgracia.

GUIMBARDINI.—Sí señora, y estremada; por último, vagando con la gloria encerrada en mi cartera, y sabiendo que monseñor acababa de despedir á su organista, no vacilé un momento en presentarme en el palacio, con el solo objeto de suplicar á usted que se digne oír una fuga que traigo aquí, y que desde luego pienso dedicarla.

GERTRUDIS.—A mí?

GUIMBARDINI.—Sí señora.

GERTRUDIS.—A propósito; yo deseaba aprender á tocar el piano sin que me costase nada: ninguna ocasion mejor.

GUIMBARDINI.—Admirable! y si logro por la intercesion de usted ser admitido en el palacio de monseñor el Cardenal, puede usted contar con mi celo, con mi agradecimiento... siempre me verá usted á sus órdenes, dispuesto á acompañarla al piano, y á todas partes.

GERTRUDIS.—Está bien; ya veremos. En otro tiempo tenia una influencia poderosa sobre monseñor, de modo que nada hacia sin consultarlo antes conmigo; pero desde que vino á habitar en el palacio su sobrino el príncipe de Forli, no se acuerda ya de mí, no quiere ver á nadie mas que á él; ah! los sobrinos son la peste de las amas de gobierno.

GUIMBARDINI.—Sobre todo en el clero: hé aquí una razon mas para que usted apoye mi entrada en

palacio; el sobrino le hace á usted la guerra en el corazon de monseñor, y ¿qué otra cosa puede usted desear mejor que un aliado, y un aliado músico? Si, lo verá usted; yo apoyaré sus discursos, los sostendré con la armonia... ya sabe usted que la música dulcifica las palabras, y...

GERTRUDIS.—Muy bien; y si yo estuviese segura de las buenas costumbres de usted, de su probidad...

GUIMBARDINI.—Oh! en cuanto á eso siempre he andado derecho... como mi diapason natural.

GERTRUDIS.—Dónde estuvo usted acomodado últimamente?

GUIMBARDINI.—En Velletri; yo era el organista de la parroquia; el domingo tocaba el órgano y los demás dias de la semana me ocupaba en enseñar la música á las señoritas y á los chicos del coro.

GERTRUDIS.—Y por qué abandonó usted la ciudad y su empleo?

GUIMBARDINI.—Por un motivo puramente musical. Habia en Velletri un jóven de una casa distinguida, moreno agraciado, y era el serpenton de la parroquia, quiero decir que tocaba el serpenton; pues este tal estaba perdidamente enamorado de una de mis discípulas, muchacha encantadora, con quien acababa yo de casarme... Yo que no he podido ver nunca á los serpentones!

GERTRUDIS.—Cómo! es usted casado?.. no sabe usted que no se reciben mugeres en el palacio del señor Cardenal.

GUIMBARDINI.—Oh! en cuanto á eso es lo de menos, porque la he perdido.

GERTRUDIS.—Enhorabuena.

GUIMBARDINI.—Debo decirlo así por lo menos, porque no sé qué se ha hecho de ella. Pero, si no se admiten mugeres en el palacio de monseñor, cómo está usted aquí?

GERTRUDIS.—Ah! es diferente... yo no digo que absolutamente ninguna muger, porque ya usted ve, yo soy muger... pero esto consiste en la edad, porque se necesita tener á lo menos cuarenta años.

GUIMBARDINI.—Segun eso, señora, usted que me hablaba no hace mucho de probidad, usted ha engañado á Su Eminencia.

GERTRUDIS.—De veras? (*Sonriendo.*)

GUIMBARDINI.—Eso se conoce á la legua, al momento; apostaría á que se ha echado usted encima diez años.

GERTRUDIS.—El señor organista es muy amable. Pero márchese que me parece haber oído la voz de monseñor; sí, él es.

GUIMBARDINI.—Pues, señor, la obertura no se presenta mal... con tal que la introduccion sea de su agrado, mi fortuna irá *crescendo, crescendo*.

GERTRUDIS.—No se descuide usted en volver, que yo le prometo ser su apoyo.

GUIMBARDINI.—Oh! y qué no ha de prometerse uno con un apoyo tan sólido! (*Vase por el fondo.*)

ESCENA III.

GERTRUDIS, *el CARDENAL entrando por la derecha.*

CARDENAL.—Esto es singular, y no sé cómo salir de este pantano. (*A un criado que vendrá detrás de él.*) Que pongan el coche.

GERTRUDIS.—Parece que está agitado.

CARDENAL.—Ah! es usted, señora Gertrudis?

GERTRUDIS.—Va á salir Su Eminencia?

CARDENAL.—Voy al Vaticano.

GERTRUDIS.—Enhorabuena.

CARDENAL.—Es preciso... los negocios... pero estoy tan indispuerto; y esto va cada vez peor; tengo perdido enteramente el apetito.

GERTRUDIS.—Monseñor comió bien ayer.

CARDENAL.—Sí, pero hoy no tengo ganas de nada: tal vez el ejercicio y el fresco de la mañana me pongan en disposición de almorzar. Haga usted que esté prevenido el desayuno para cuando vuelva.

GERTRUDIS.—Así se hará, monseñor. Pero veo á Vuestra Eminencia en un estado de transporte, de enagenación que me inquieta.

CARDENAL.—Sí, sí... es cierto: estoy meditabundo, pensativo; me hallo fuera de mi estado natural; yo, que todo mi placer se cifra en digerir tranquilamente, sin atormentarme por nada, me encuentro por causa de mi sobrino el príncipe de Forli en una situación embarazosa, de la cual no sé cómo salir.

GERTRUDIS.—Y qué es ello?

CARDENAL.—Se lo diré á usted, mi buena Gertrudis, se lo dire á usted... bien sabe usted que yo se lo cuento todo, especialmente cuando me hallo en una situación tan crítica; ha de saber usted que hace mucho tiempo pensaba proponer á mi sobrino un casamiento magnífico, nada menos que con la sobrina del cardenal Cagliari, que tanta influencia tiene en el Sacro Colegio; porque yo no pienso en otra cosa que en hacer la felicidad de ese ingrato. El Cardenal interpondría su influencia para que me nombrasen secretario de Estado, y en el próximo Cónclave, reuniendo nuestros votos... porque (Dios se sirva prolongar la vida de nuestro actual soberano...) pero él pobre está ya muy viejo; muy cascado; se habla de un catarro, de dos médicos llamados al lado de Su Santidad... en fin hay esperanzas.

GERTRUDIS.—Es posible! (*Con alegría.*)

CARDENAL.—Calle usted, calle usted, hija mia: nunca es bueno tener malos pensamientos. Pero volviendo á lo que decía; mi sobrino me dijo, puede usted hacer lo que quiera, yo no tengo mas voluntad que la de usted. Con esta autorizacion habia llevado ya muy adelante el negocio; ayer estaba todo concluido; el Cardenal, su sobrina y hasta Su Santidad habia dado ya su consentimiento para el enlace; no faltaba sino el de mi sobrino, y este acaba de negármelo, y ya no quiere oír hablar de casamiento.

GERTRUDIS.—Pero por qué?

CARDENAL.—Porque dice que la futura es fea: yo no

lo niego, pero tampoco esijo de él que la adore sino que se case.

GERTRUDIS.—Es muy justo; mucho mas cuando esto pudiera resultar en beneficio de su buen tio... pero no le pudiéramos ganar por la persuasion, por dulzura?

CARDENAL.—Qué no he hecho por él? qué le he rehusado en mi vida? Caballos ingleses, casa de campo, perros de caza, cuadros escelentes; todo esto le he dado, y todo sobre las rentas de la iglesia.

GERTRUDIS.—Qué bondad! qué generosidad!

CARDENAL.—Ayer mismo parece que cantó en el Vaticano delante del Papa un soprano magnífico de una voz admirable, y vino entusiasmado, encantado. Segun decia no habia oido nunca una voz semejante, y como sabe usted que delira por las artes, me ha persuadido de que yo debia protegerlas, animarlas y ofrecer á ese jóven artista una habitación aquí, en mi propio palacio.

GERTRUDIS.—Y ha consentido... Su Eminencia?

CARDENAL.—Qué habia de hacer? Yo hago todo lo que él quiere para obligarle á que me obedezca: daria todo lo que poseo á quien le decidiera á casarse: pero todo ha sido inútil, y ya no sé qué medios emplear.

ESCENA IV.

DICHOS, *un* CRIADO.

CRIADO.—Un joven que dice haber recibido una invitación de Su Eminencia, quiere hablarle: se llama el señor Gianino.

CARDENAL.—Este es nuestro soprano; luego tendré tiempo de recibirle: ahora tengo que ir precisamente al Vaticano; usted se puede encargar de hacerlo, mi amable Gertrudis.

GERTRUDIS.—Yo, monseñor? yo no puedo sufrir á esas gentes.

CARDENAL.—Por qué?

GERTRUDIS.—No lo sé... no puedo explicárselo á monseñor.

CARDENAL.—Sí, ya... ya comprendo; pero suplíquele usted solamente que se quede á almorzar aquí conmigo y con mi sobrino.

GERTRUDIS.—Si Vuestra Eminencia lo exige...

CARDENAL.—Sí, Gertrudis. (*Al criado.*) Está el coche?

CRIADO.—Sí, monseñor.

CARDENAL.—Mis guantes. (*El criado los da á Gertrudis y ésta al Cardenal.*) Pronto volveré... un desayuno ligero, entendeis? Ah! todo se me olvida: con este sobrino siempre en el pensamiento... me servirán aquella trucha de ayer, de la que no comí mas que la mitad: era excelente.

GERTRUDIS.—Sí, señor.

CARDENAL.—Una trucha del lago de Ginebra. Qué

lástima que aquel canton sea protestante! Abunda en buenos pescados, Adios! adios! .. mi pobre Gertrudis, estoy tan atormentado! (*Hace que se va y vuelve.*) Salsa á la genovesa, estamos? (*Sale por el fondo seguido del criado.*)

ESCENA V.

GERTRUDIS, *sola.*

Hacer los honores al señor Gianino! Ya tenemos aqui otro que viene á establecerse en el palacio, y que tratará tambien por su parte de granjearse el afecto de Su Eminencia, y de gobernarle, como si esto no supiéramos hacerlo su mayordomo y yo. Ya se vé, el tal mayordomo es un buen sugeto, que se enriquece por su parte como yo lo hago por la mia, y ya nos hubiéramos casado si no fuera porque monseñor no quiere casamientos en su casa: mira tanto por las buenas costumbres! Eh! ya tenemos aqui á nuestro querubin.

ESCENA VI.

GERTRUDIS, GIANINO.

GIANINO.—Me han dicho (*Con timidez*), señora, que monseñor el Cardenal ha salido.

GERTRUDIS.—Sí, señor (*Con tono brusco.*); y me ha encargado que le suplique á usted se sirva quedarse á almorzar aqui con Su Eminencia y su sobri-

no. (*Queriendo irse.*) Ya he cumplido mi mision: adiós.

GIANINO.—Una palabra por favor, señora.

GERTRUDIS.—Qué voz tan dulce! estas gentes tienen un aire así... tan timorato.

GIANINO.—Es una felicidad para mí encontrar en este sitio una persona como usted, una muger.

GERTRUDIS.—Y qué le puede interesar á usted eso?

GIANINO.—Una persona de quien me atrevo á esperar que sus consejos...

GERTRUDIS.—Consejos! Usted no tiene necesidad de ellos. Protejido por el príncipe, acogido por su tío en el palacio...

GIANINO.—Eso es cabalmente lo que yo quisiera rehusar.

GERTRUDIS.—Es posible?

GIANINO.—Y no encuentro una excusa que darle...

GERTRUDIS.—Hable usted, hable usted, hijo mio, sin temor: verdaderamente es muy gentil el rapazuelo; á mi pesar no puedo menos de interesarme por él: Diga usted, diga usted en qué puedo serle útil.

GIANINO.—Solo, sin amigos, sin recursos en esta ciudad, no puedo menos de llamarme dichoso viendo la proteccion que me dispensa el señor Cardenal de Trivoglio; proteccion que por otra parte tendré muy buen cuidado de conservar. Pero ademas de esto acaba de ofrecermé una habitacion en su palacio, y esto es cabalmente lo que no puedo aceptar.

GERTRUDIS.—Por qué?

GIANINO.—Quiere usted que se lo diga?

GERTRUDIS.—Si, sí.

GIANINO.—Me promete usted no descubrirme? me haría usted entonces tan desgraciado!

GERTRUDIS.—Yo nunca he hecho traición á nadie; se lo juro á usted.

GIANINO.—En ello va mi suerte, mi reposo.

GERTRUDIS.—Tranquílcese usted... y pues?

GIANINO.—Señora; yo no soy lo que aparento... soy una muger.

GERTRUDIS.—Una muger... Jesús!...

GIANINO.—Calle usted por Dios.

GERTRUDIS.—Pero qué significa ese misterio...

GIANINO.—Se lo voy á contar á usted todo. Nacida en una pobre aldea, me encontré huérfana en mis primeros años, sola, sin mas recurso que una excelente voz... así me lo decia todo el mundo. Un músico que me habia dado algunas lecciones me propuso casarme con él; consentí en ello, y el mismo día de nuestra unión, inmediatamente despues de recibir las bendiciones, dejamos el pueblo y partimos juntos en una berlina que él habia alquilado, y que nos estaba esperando á la puerta de la iglesia. Ibamos atravesando los campos de Nápoles; la noche se aproximaba y el lugar donde debíamos dormir no estaba muy lejos; mi marido y el mayoral se habian apeado para subir una cuesta, y se entretenian contándose mutuamente algunas aventuras acaecidas en aquel sitio con los bandidos que infestan el país, cuando cerca de nosotros sonaron dos tiros; el mayoral asustado echó á correr como un gamo, y mi marido hizo otro tanto sin reflexionar, sin acordarse que yo quedaba en la berlina... el caballo asustado por el

ruido y mucho mas por mis gritos salió á galope y no cesó de correr en mas de un cuarto de hora.

GERTRUDIS.—Dios mio! yo hubiera tenido un miedo...

GIANINO.—Oh! no era flojo el mio. Lo que mas aumentaba mi terror era que oia detras, detras de la berlina los pasos de los que me perseguian: uno de ellos me alcanzó al fin y detuvo á mi caballo cogiéndolo por la brida: eran dos, á pie y armados con escopetas.

GERTRUDIS.—Pícaros bandidos!

GIANINO.—No, nada de eso: eran jóvenes y de muy buena figura... de modales muy finos; poco despues se reunieron á ellos otros cazadores, porque estaban cazando y ellos fueron los que dispararon los tiros que espantaron á mi caballo.

GERTRUDIS.—Y á su marido de usted.

GIANINO.—Cabalmente. Juzgue usted cuál seria su sorpresa al verme sola, de noche, en aquella berlina y con mi vestido de novia. A mi súplica se encendieron hachas, se ojeó la montaña en todas direcciones, los bosques, pero todo inutilmente; mi marido no parecía: viendo que ya era imposible encontrarle, uno de aquellos jóvenes á quien los demás llamaban monseñor, y que parecia ejercer sobre ellos cierta superioridad, se ofreció á acompañarme hasta el pueblo. Era media noche, y hacia mucho frio, ademas del frio tenia mucho miedo; consideraciones todas que me obligaron desde luego á aceptar, y por último á poco rato llegamos á una casa de campo deliciosa: era la suya.

GERTRUDIS.—Ah! Ah!...

GIANINO.—Me dió la habitacion de su hermana que es

taba ausente; qué pinturas! qué cuadros tan magníficos! Yo, como acababa de salir de mi aldea no habia visto nunca nada tan soberbio; unas criadas se esmeraban en servirme, en prevenir hasta el menor de mis deseos, y luego el príncipe, porque era un príncipe, se mostraba conmigo tan sumiso, tan respetuoso, que en lo que menos pensaba yo era en tener miedo; yo no pensaba en nada.

GERTRUDIS.—Sino en su marido de usted.

GIANINO.—Sí, eso siempre. Pero el príncipe estaba tan amable conmigo, tan galante, que absolutamente quise abandonar aquella casa; él se opuso rogándome... tenia un aire tan melancólico! me suplicaba con tantas instancias que me quedase un día mas, que ciertamente me daba pena. Ver una á sus pies un hombre, y un hombre que llora... ah! no sabe usted cuán terrible es.

GERTRUDIS.—Sí, señora, mucho que lo sé... (*Conteniéndose*) ó por lo menos lo he sabido.

GIANINO.—No sabiendo qué hacer ya para poderle resistir, temiendo que me faltasen las fuerzas, me escapé una noche sin decirle nada por una puerta pequeña del parque, y cuya llave me había proporcionado. Pero cuando llegué á Roma me encontré sin dinero, sola y sin ningun conocimiento.

GERTRUDIS.—Pobre muchacha!

GIANINO.—La huéspedea, en cuya casa entré sin saber cómo podria pagarla, me preguntó el objeto de mi viaje á Roma. Yo la dije que tenia una buena voz, que poseia la música y que pensaba dirigirme al maestro de capilla del Papa para que me aco-

modase en la particular de Su Santidad; juzgue usted cuál sería mi desesperación cuando me dijo que no podía cantar ninguna mujer delante del Papa y de los cardenales.

GERTRUDIS.—Así es.

GIANINO.—Pero ella, viendo la miseria á que me hallaba reducida, me sugirió la idea de vestirme de hombre y de presentarme como soprano: yo no sabía lo que esto significaba y temía no salir con lucimiento.

GERTRUDIS.—Nada más fácil: todo ello se reduce á cantar.

GIANINO.—Eso fue lo que me dijo, y así sucedió, porque ayer, que fue cuando se me admitió para ir á cantar al Vaticano, en presencia de los más poderosos personajes de Roma, tuve un éxito brillante, arranqué innumerables aplausos, y todos me oían con transporte y entusiasmo: yo estaba tan conmovida que... no sabía lo que me pasaba.

GERTRUDIS.—Lo creo.

GIANINO.—Los directores de Roma y de Nápoles me ofrecieron diez mil escudos cada uno; y en fin el cardenal de Trivoglio se declara mi protector y exige absolutamente que acepte una habitación en su mismo palacio. Esta es, señora, mi situación. Ahora bien, qué me aconseja usted que haga?

GERTRUDIS.—Qué le aconsejo á usted? en primer lugar que guarde usted con sumo cuidado un secreto del que depende su fortuna, y que acepte, desde luego, la protección y el almuerzo de monseñor: con esto no se pierde nada.

GIANINO.—Cree usted acaso...

GERTRUDIS.—Lo demas, déjelo usted por mi cuenta: yo hablaré del asunto al mayordomo del Cardenal, el señor Scaramella, persona de mi confianza...

GIANINO.—Está usted bien segura de él?

GERTRUDIS.—Como de mí misma; y cuando nosotros dos queremos alguna cosa, monseñor el Cardenal lo quiere tambien. Nosotros le haremos renunciar á la idea de aposentar á usted en palacio, pero silencio, porque si llega á traslucirse algo se perderia todo y despues... pero, aqui viene Su Eminencia con el príncipe su sobrino.

ESCENA VII.

GIANINO, GERTRUDIS, EL CARDENAL y EL PRÍNCIPE DE FORLI.

CARDENAL.—(*Al príncipe.*) Vamos á ver, qué motivos puedes tener para?...

PRÍNCIPE.—(*A su tio.*) Mi repugnancia...

JUANITA.—(*Reparando en el príncipe.*) Cielos! qué veo?

GERTRUDIS.—(*Bajo.*) Qué es eso?

JUANITA.—(*Lo mismo.*) Es él.

GERTRUDIS.—Cómo! El príncipe de Forli?

JUANITA.—Sí, el joven desconocido de la aventura.

GERTRUDIS.—El que la ama á usted?

JUANITA.—Sin duda.

GERTRUDIS.—Calle usted: una sola palabra lo echaria todo á perder. (*Alto, y dirigiéndose al Cardenal que ha estado hablando con su sobrino.*) Monseñor, aqui tiene Su Eminencia al jóven soprano que aguardaba.

PRÍNCIPE.—Gianino! El que ayer... sí, cierto, él es. Ah! que feliz soy!

CARDENAL.—Qué es eso, sobrino? Qué tienes?

PRÍNCIPE.—(*Mirando siempre á Juanita.*) Nada, tío, nada (*Aparte.*) No sé lo que pasa por mí cuando miro á este jóven; pero siento latir mi corazon de admiracion y de placer.

CARDENAL.—(*Mirando á su sobrino.*) Pues, señor, no lo entiendo. (*Dos criados han sacado una mesa puesta, y la colocan á la derecha del teatro.*)

JUANITA.—(*Al príncipe.*) Monseñor asistió ayer á mi primer ensayo?

PRÍNCIPE.—(*Aparte.*) Hasta la voz! es original: qué locural es querer engañarme á mí mismo (*Alto y pasando cerca de Juanita.*) Sí, Gianino, sí, estuve en el ensayo, y aquel grito involuntario que no pude contener al ver á usted...

JUANITA.—Cómo!

CARDENAL.—Y antes de oírle cantar... hé aquí el verdadero diletante.

PRÍNCIPE.—Y si supiera usted, tío mio, qué talento! qué espresion! qué voz tan dulce! estuvo sublime. Su recuerdo no me ha dejado dormir en toda la noche. Gianino, venga esa mano... tiene usted en mí un admirador, un amigo. Pero qué es eso, usted tiembla.

JUANITA.—No, monseñor.

PRÍNCIPE.—Cuando me conozca usted mejor, no se admirará del interés que le manifiesto... yo amo las artes, como todo lo que amo... con pasion, con delirio... se quedará usted aquí en casa de mi tío.

JUANITA.—Permita... Monseñor...

PRÍNCIPE.—Es cosa hecha, no saldrá usted de aqui; y en cambio de nuestra amistad, todo lo que esigiremos de usted será una cavatina diaria. Además, yo hablo de usted á todo el mundo; ya he arreglado un concierto por suscripcion: diez piastras por personal!... y se arrebatarán los billetes, yo lo fio. ¡Ah! pero no olvide usted que hoy al mediodía hay ensayo del Stabat Mater. No faltaré á oír á usted.

CARDENAL.—(A Gertrudis.) La música le hará perder la cabeza.

GERTRUDIS.—(A media voz) Déjele, monseñor. Tal vez ese Gianino podrá servirnos para obtener su consentimiento á la boda.

CARDENAL.—(Lo mismo.) Cree usted...? eso es todo lo que deseo. Eso, y el almuerzo.

GERTRUDIS —(Señalando la mesa.) Acaban de servirle. (Un criado coloca á la izquierda una mesita donde hay botellas puestas á enfriar en corcheras.)

CARDENAL.—(Sentándose á la mesa.) Basta de negocios. Sobrino, sobrino, á la mesa, tú á mi derecha, nuestro jóven cantor aqui á mi lado.

GERTRUDIS.—Ay! monseñor, no tiene su almohadon.

CARDENAL.—Es verdad.

GERTRUDIS.—(Colocando un almohadon en la silla del Cardenal.) Así, monseñor, así.

CARDENAL.—Bien, bien, esta buena Gertrudis está en todo.

GERTRUDIS.—No en todo, monseñor, porque habia olvidado que tenia una gracia que pedir á Su Emi-nencia.

CARDENAL.—Lo que sabe cómo conoce que hay momentos en que no puedo negarla nada.

GERTRUDIS.—Es para un pobre diablo que pide la plaza vacante de organista en el palacio de monseñor, y que antes de todo ruega que os dignéis escucharle.

CARDENAL.—Sea enhorabuena, eso no impide que almorcemos. Y además, estando presente este caballero, y mi sobrino será juzgado por conocedores... hágale usted entrar.

GERTRUDIS.—Al instante, monseñor (*Bajo al Cardenal*); pero os ruego que comais despacio, no os haga mal. (*Vase.*)

CARDENAL.—Pero qué hace mi sobrino? en qué piensa?

PRÍNCIPE.—(*Mirando siempre á Juanita.*) No vuelvo en mí, Gianino; yo no he visto á usted mas que ayer, y de lejos, pero ahora, cuanto mas miro á usted, mas me parece encontrar...

JUANITA.—(*Aparte.*) Dios mío! tengamos cuidado, y que nada le pueda hacer adivinar...

ESCENA VIII.

DICHOS y GUIMBARDINI, *introducido por Gertrudis. El Cardenal está en medio de la mesa, Juanita á su izquierda y dando la espalda á Guimbardini que entra.*

GERTRUDIS. — (*A Guimbardini.*) Acérquese usted... monseñor está bien dispuesto... y esto le durará mientras esté sentado á la mesa.

GUIMBARDINI.—Pues entonces esta es la ocasión.

GERTRUDIS.—(*Bajo á Juanita.*) Mucha prudencia; voy

á hablar á Scaramela, al mayordomo, y vuelvo al instante... (*Acercándose al Cardenal y presentándole á Guimbardini.*) Monseñor, aquí está... (*Hace señas á Guimbardini de que se acerque, y vase.*)

CARDENAL.—(*A Guimbardini.*) Siéntese usted, caballero... allí... (*Señalándole una silla al lado opuesto de la mesa.*) Somos con usted al instante.

GUIMBARDINI.—(*Se inclina, y va á sentarse, mientras los demás siguen comiendo.*) (*Aparte.*) Creí que me iba á convidar. (*Mirando la mesa.*) Qué felices son estas gentes! verse así, en un cómodo sillón, delante de una buena mesa... todas las dulzuras de la vida; así no es muy difícil tener genio... (*Leyendo los rótulos de las botellas que hay en la mesita.*) Burdeos, lacrima Cristil! De esta botella sacaría yo tres cavatinas y otros tantos requiem... Y en aquel pastelón? Qué de cosas encontraría! Pero, ya se ve, un genio en ayunas es un árbol sin riego. Dios mío! cómo comen!... Yo creo que se han olvidado de mí.

CARDENAL.—(*Tomando su vaso.*) De beber.

GUIMBARDINI.—(*Toma precipitadamente una botella de la mesita y echa de beber al Cardenal.*) Permita, monseñor...

CARDENAL.—Cómo! usted mismo, maestro!... es demasiada bondad. Cuál es su nombre de usted?

GUIMBARDINI.—Guimbardini. (*Va á poner la botella en la mesita.*)

JUANITA.—(*Aparte.*) Mi marido! Y delante del Príncipe... delante del Cardenal. . Qué haré, Dios mío!

PRÍNCIPE.—(*A Juanita.*) Qué tiene usted?

JUANITA.—Nada...

CARDENAL.—Guimbardini? .. Tengo alguna idea... no es usted el que me ha presentado varios memoriales?...

GUIMBARDINI.—(*Inclinándose.*) Dos cada día regularmente, por espacio de toda una semana, monseñor...

CARDENAL.—Me acuerdo de que la letra me gustó mucho.

GUIMBARDINI.—El sistema *dedaceo*, monseñor, no es del todo malo.

CARDENAL.—Y dice usted que es pianista, organista?

PRÍNCIPE.—Y conoce usted bien el arte?

GUIMBARDINI.—El arte, monseñor, el arte! me atrevo á decir que tengo mis bolsillos llenos de él... (*Sacando varios rollos de papel.*) Aquí hay misas, óperas, que hablan solas... que gritan... y que á pesar de todo no pueden hacerse oír de nadie... este siglo es sordo.

PRÍNCIPE.—Y tiene usted algunos antecedentes, alguna recomendacion?

GUIMBARDINI.—Sí, monseñor; soy discípulo de Pergolesi, y puedo decir que Cimarosa me ha debido sus mas bellas obras.

PRÍNCIPE.—Cómo?

GUIMBARDINI.—Era yo su afinador de piano.

CARDENAL.—Títulos son!

GUIMBARDINI.—Entraba yo en casa de aquel célebre maestro, y le decia: «Y bien, querido!» Porque nos tratábamos con franqueza... la franqueza del talento. «Y bien, querido! cómo va? — Mal..., no hago nada que me satisfaga... no estoy para ello. Aquí tengo un aire *del matrimonio* que no puedo

acabar... Reconocia yo el piano... «ya lo creo... tres cuerdas rotas...» Sacaba mis chismes... (*Imitando al que afina un piano.*) la, la, do, do, la, la. —«Poneos ahora»; se ponía, y encontraba su aire... lo menos diez hemos compuesto juntos de este modo; pero también los tengo compuestos por mí solo.. y si monseñor quisiera tener la complacencia de oír alguno...

CARDENAL.—Con mucho gusto.

GUIMBARDINI.—(*Conmovido de placer.*) Es posible! (*recorriendo sus papeles.*) Es la primera vez .. Al fin alguna de mis arias va á ser oída hasta el fin... yo, que nunca he podido acabar ninguna.

PRÍNCIPE.—(*Mirando su reloj.*) Que no sea largo, porque á las doce tenemos un ensayo... sin embargo que sea lo mejor que usted tenga.

GUIMBARDINI.—Todo lo que yo tengo es lo mejor... sin embargo, tengo aquí un capricho admirable; pero desgraciadamente es á dos voces, bajo y contralto; sin esta dificultad, aseguro que oríais el trozo de música mas sublime!... es capaz de aturdir!... El ritornelo solamente bastaría para...

PRÍNCIPE.—(*Señalando á Juanita.*) No es mas que eso? Hé aquí un artista distinguido, la mejor voz de Italia, nuestro primer Soprano.

GUIMBARDINI.—Un soprano! Qué honor para mí y para mi música!... es un duo de mi ópera *Abufar*.

PRÍNCIPE.—(*Levantándose.*) Abufar?

GUIMBARDINI.—Abufar ausente de su hermana... yo hago Abufar...

CARDENAL.—(*Comiendo.*) Abufar... yo conozco...

GUIMBARDINI.—Hé aquí la parte del señor Soprano.

PRÍNCIPE.—Venga, venga...

GUIMBARDINI.—(*Tarareando el ritornelo.*) Tra, la, la, la, la, la, la. (*Durante el ritornelo el Cardenal y el príncipe bajan al proscenio y los criados se llevan la mesa.*)

(*Canta.*) Es ella! no hay duda!

no mas padecer;

es ella! mi hermana!

qué dulce placer!

Es ella! mi hermana... (*Levanta los ojos y ve á Juanita.*) (*Aparte.*) Cielos! qué veo! es un sueño!

PRÍNCIPE.—Qué es eso? Qué tiene usted?

GUIMBARDINI.—(*Forzando una sonrisa.*) Nada, monseñor, nada. (*Sigue cantando sin quitar los ojos de Juanita.*)

(*Canta.*) Es ella mi hermana (*Aparte.*) no hay duda, es mi muger! Cómo está aqui?

(*Canta.*) Es ella! mi hermana! (*desafinando.*)
qué dulce placer!...

CARDENAL.—(*A su sobrino.*) Esto es insoportable; es música del infierno (*A Guimbardini*): basta, basta, por Dios; estamos satisfechos.

JUANITA.—En qué parará esto, Dios mio!

GUIMBARDINI.—Perdone, monseñor, no sé lo que tengo en la garganta... no puedo continuar, porque... mis facultades están ausentes, y...

PRÍNCIPE.—Pues nosotros no podemos esperar á que vuelvan, porque es indispensable que vayamos á nuestro ensayo; ya es la hora.

JUANITA.—(*Turbada y mirando á su marido.*) Sí, pero antes quisiera... (*Aparte.*) Imposible explicarle...

PRÍNCIPE.—Vamos, vamos, mi coche nos espera... es necesario ser exactos para que el maestro no se impacienta.

GUIMBARDINI.—(*Aturdido.*) El maestro... el ensayo... Dios mio! si me habré yo casado con un soprano sin saberlo... es imposible... aqui debe de haber algun embrollo... yo le aclararé. (*Alto al Cardenal.*) Monseñor, os pido un instante de audiencia particular... (*A media voz.*) para revelar un secreto... un tremendo y tenebroso secreto.

JUANITA.—(*Aparte.*) Dios mio .. todo se ha perdido!...

CARDENAL.—(*A Guimbardini.*) Soy con usted. (*Indicando á los demás que se retiren.*)

PRÍNCIPE.—Sí, sí, dejamos á ustedes... Venga usted, mi querido Gianino... tengo necesidad de oír buena música, para olvidarme del señor.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Gracias.

JUANITA.—(*Haciendo señas á su marido que no la ve.*) No me entiende. Vamos corriendo al ensayo, y volvamos lo mas pronto posible. (*Se va con el príncipe haciendo siempre señas á Guimbardini.*)

ESCENA IX.

EL CARDENAL, GUIMBARDINI.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Me hace señas... decididamente es ella. Pues, señor, suceda lo que quiera! no puedo digerir semejante afrenta. Marido de un soprano! esto es deshonoroso! yo voy á decir que es mi muger.

CARDENAL.—Vamos, caballero, qué es lo que me quiere usted?

GUIMBARDINI.—(Con misterio.) Perdonad, eminentísimo señor... estamos solos?

CARDENAL.—Ya ve usted que sí.

GUIMBARDINI.—(Mirando por la puerta.) Y no puede nadie sorprendernos?

CARDENAL.—Pero, señor, cuántas precauciones!

GUIMBARDINI.—Es que, monseñor, jamás se habrán tomado con más motivo. (Bajando la voz.) Monseñor, conocéis bien á este jóven soprano?

CARDENAL.—Seguramente. Es decir, le conozco... sé que ayer cantó con grande éxito, y que debe ser mozo de talento, y tener mucho mérito porque hay quien le ofrece un ajuste de diez mil escudos.

GUIMBARDINI.—Eh!... diez mil escudos!... en clase de soprano!...

CARDENAL.—Justo... y creo que debe firmar hoy mismo.

GUIMBARDINI.—(Aparte.) Válgame santa María egipciaca!... qué fortuna para la casa! Cuándo podemos esperar semejante felicidad... que bestialidad iba yo á cometer!

CARDENAL.—Con que acabemos; qué es lo que tenía usted que decirme?

GUIMBARDINI.—Yo, monseñor?... nada...

CARDENAL.—Cómo?

GUIMBARDINI.—Nada absolutamente... nada... sino que ha dicho Su Eminencia la verdad con respecto á este jóven soprano... nadie mejor que él merece los beneficios y la protección de Vuestra Eminencia... sí, monseñor, es el soprano de los sopranos.

CARDENAL.—De veras?

GUIMBARDINI.—Lo repito, señor, es el primer soprano de Italia... Qué digo de Italia?... del mundo.

CARDENAL.—Le ha oído usted?

GUIMBARDINI.—Mas de cien veces. En Velletri no se hablaba mas que de ella.

CARDENAL.—De ella?

GUIMBARDINI.—(*Reponiéndose.*) De ella, sí... de su voz, monseñor, de su voz... porque puedo asegurar...

CARDENAL.—Sí, sí, lo creo; pero me parece que no es esto de lo que quería usted hablarme.

GUIMBARDINI.—(*Embarazado.*) Yo dire, monseñor... explicaré la causa de su turbacion y la mía; porque habrá notado Su Eminencia que en el instante de nuestro reconocimiento, tuvimos los dos un poco de... así... como si digéramos... y hé aquí la causa... él debía cantar en una ópera mia, una ópera titulada «*El matrimonio interrumpido*»... una obra sobre la cual tenia yo fundadas mis mayores esperanzas; y precisamente el día en que debía hacerse la primer representacion, el señor soprano tuvo á bien entonar una malhadada fuga, que dió al traste con todas las mías, y por mas que se le buscó, no se pudo dar con él.

CARDENAL.—Esto seria desagradable para usted.

GUIMBARDINI.—Muy desagradable. Sin embargo, él creará tal vez que le guardo rencor, y se engaña ciertamente... entre artistas... es preciso disimularse mutuamente... porque...

CARDENAL.—(*Impaciente.*) Todo eso está bien; pero nada tiene que ver con lo que queria usted decirme.

GUIMBARDINI.—Lo que yo queria á monseñor... nada... casi nada... rogar á Vuestra Eminencia que se digne reconciliarnos, que se digne decirle, que todo lo que ha hecho está bien hecho... que me conviene, que no estoy enfadado... al contrario, estoy contentísimo del ajuste de los diez mil escudos, y que todo lo que le pido es que vivamos como buenos hermanos.

CARDENAL.—(*Sonriendo.*) Y que cante su ópera de usted.

GUIMBARDINI.—«El matrimonio interrumpido!»... sí señor, sí... y si Monseñor se digna admitirme en su casa...

CARDENAL.—Oh! Eso es diferente! despues del canticio infernal con que nos ha obsequiado usted... ni ha podido usted acabar aquel trozo...

GUIMBARDINI.—Culpa de la fatalidad que jamas me permite acabar nada... sin embargo, el mismo soprano puede informar á Vuestra Eminencia... él dirá...

CARDENAL.—(*Con buena fe.*) Veremos, veremos; si efectivamente él responde de usted, y con tal que vuestra admision convenga á mi sobrino, y á madama Gertrudis...

GUIMBARDINI.—Ah! Entonces sono felice!

PRÍNCIPE.—(*Desde fuera.*) No, no, asi está bien.

GUIMBARDINI.—Oh! Aqui está el Príncipe, ese amable protector de las artes.

ESCENA X.

LOS PRECEDENTES, EL PRÍNCIPE.

PRÍNCIPE.—(*Hablando con los de fuera.*) He dicho que no, que no; así está bien.

CARDENAL.—Pero, con quién hablas?

PRÍNCIPE.—Con quién he de hablar? con Gertrudis que sin saber por qué todavía no ha dispuesto el cuarto que usted mismo había destinado á Gianino; y si yo no hubiera llegado á tiempo de impedirlo, ya se hablaba de hacer volver al pobre muchacho á su mala posada.

CARDENAL.—Pero, hombre, si no hay donde colocarle...

GUIMBARDINI.—(*Con familiaridad.*) Eso no es posible... en un palacio tan magnífico...

PRÍNCIPE.—Ya está todo arreglado; he dado orden á mi ayuda de cámara de que le ponga á mi lado en mi mismo cuarto.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Hem!... qué es eso?... en su cuarto?...

CARDENAL.—Pero te estorbará...

PRÍNCIPE.—Eso es precisamente lo que madama Gertrudis decía, en todo ha de encontrar dificultades. En fin, me he visto en la precisión de decirle que yo lo quiero.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Sí, pero yo no lo quiero! Mi muger al lado de un jóven!... y de un jóven de ese temple!... Este amable protector de las artes sería capaz de... á la menor sospecha...

PRÍNCIPE.—Esto es delicioso! Por las mañanitas con el fresco, nos dedicaremos á la música; recibiré de él mi leccion de canto.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Que tal! eh!...

CARDENAL.—(*Impaciente.*) Pero, Dios mio! que locura de música! y sobre todo, qué entusiasmo, qué delirio por ese Gianino!... (*A Guimbardini.*) Figúrese usted que no puede vivir sin él.

GUIMBARDINI.—(*Forzando una sonrisa.*) Qué diablura!...

PRÍNCIPE.—Qué! se admira usted?... pues mas se admiraria usted todavia si supiese que no es por él por quien le amo.

GUIMBARDINI.—Por su talento?

PRÍNCIPE.—Nada de eso... va usted á decir que soy un loco... pero sepa usted que mi amistad por Gianino nace de que encuentro en él una semejanza tan extraordinaria...

CARDENAL Y GUIMBARDINI.—Una semejanza!...

PRÍNCIPE.—Sí, el mismo aire, la misma fisonomía, el mas perfecto retrato de una muchacha encantadora que encontré sola una tarde en el bosque que hay cerca de mi quinta.

CARDENAL.—Sola!...

PRÍNCIPE.—Sí, una recién casada, que acabada de perder á su marido.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Dios mio!

CARDENAL.—Una viuda?

PRÍNCIPE.—Casi, casi.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Mí muger!...

PRÍNCIPE.—Estaba llorando, se encontraba sin guía, sin apoyo, y era tan bonita, tan bonita... que hu-

biera sido una crueldad dejar abandonada en medio de los bosques aquella flor tan delicada.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) ¡Pues! como en Velletri... otro serpenteon... (*Al Príncipe.*) Y qué hizo, monseñor?

PRÍNCIPE.—La ofrecí un asilo! La llevé a mi casa donde estuvo tres dias.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Tres dias!... Válgame el angel de mi guarda!

PRÍNCIPE.—Escuso decir a usted que la respeté como si hubiera sido mi hermana.

GUIMBARDINI.—(*Involuntariamente.*) Eso no es verdad.

PRÍNCIPE.—Qué!...

GUIMBARDINI.—(*Con aire risueño, conteniéndose.*) Quiero decir, monseñor... quiero decir... que... que sois demasiado modesto; porque... es imposible que un Príncipe tan noble...

PRÍNCIPE.—No, no... lo diria; entre nosotros... solamente... el tercer dia...

GUIMBARDINI.—(*Con escalofrios y dirigiéndose al Cardenal.*) Verá Su Eminencia verá...

PRÍNCIPE.—Arrebatado por la pasion...

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Santa Dei genetris! santa Virgo virginum!

CARDENAL.—(*Con rubor.*) Basta, sobrino, basta...

PRÍNCIPE.—Oh! no tema usted nada, tio mio; se me escapó; y á pesar de todas mis pesquisas, no pude volverla á ver.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Respirol... (*Levantando los ojos al cielo.*) Digna émula de Lucrecial Salve, último resto de las antiguas virtudes y del pudor romano!...

PRÍNCIPE.—Pero juzguen ustedes de mi felicidad, de mi admiracion, al encontrar en las facciones de Gianino todas las de mi desconocida.

CARDENAL.—De veras?

PRÍNCIPE.—Y cómo!... es increíble!... su voz sobre todo, es aquella misma voz... Oh! yo haré que no deje de cantar en todo el dia.

CARDENAL.—Y por una tonteria semejante rehusas ventajas reales.

GUIMBARDINI.—(Al Príncipe.) Oh! si, sí... es poca cordura rehusar unas ventajas que...

CARDENAL.—Una muger que no ha de volver á ver nunca!...

PRÍNCIPE.—(Con valor.) Sí, tio mio, yo la encontraré, me lo dice el corazon, y entonces nada podrá separarme de ella.

CARDENAL.—Pero, se ha visto nunca!...

GUIMBARDINI.—Quién sabe; monseñor, puede encontrar algunos obstáculos...

CARDENAL.—Es verdad... puede haber obstáculos...

PRÍNCIPE.—Ninguno.

GUIMBARDINI.—Monseñor ha hablado de un marido...

PRÍNCIPE.—Oh! ha muerto.

GUIMBARDINI.—A saber!... puede que no...

PRÍNCIPE.—Es igual. porque si le encuentro le mato... ella quedará viuda, y en seguida será mi muger.

GUIMBARDINI.—(Aparte.) Yo no puedo permanecer en esta casa.

CARDENAL.—Casarte con ella! Y crees que yo lo sufriría?...

PRÍNCIPE.—Tio mio, yo declaro á usted aqui formalmente que solo ella será mi muger...

ESCENA XI.

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO.—(*Desde la puerta.*) El notario del Cardenal Cagliari pide permiso para ver á Monseñor.

CARDENAL.—(*Aparte.*) Dios mio! es verdad; para redactar los artículos del contrato... (*Al criado.*) Dile que al instante voy. (*Vase el criado.*) (*Al Príncipe.*) Y qué le digo yo ahora?...

PRÍNCIPE.—Eso es cosa de usted: de todos modos no olvide usted lo que acabo de decirle.

CARDENAL.—Vamos, vamos, sosiégate; voy á hablar al notario, y veremos... (*Aparte.*) procuremos ganar tiempo. (*Vase.*)

PRÍNCIPE.—Y yo voy á ver si falta algo en la habitacion de mi amigo. (*Vase.*)

GUIMBARDINI.—¿Y yo qué hago? ¡Dios mio! vamos, vamos á ver si aclaramos este embrollo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

GUIMBARDINI.

GUIMBARDINI.—¡Nada! No hay medio de salir de este laberinto! ¡Dios eterno! mis ideas se confunden: arde mi frente!... Despues de lo que he oido, creo que puedo estar tranquilo con respecto á lo pasado. (*Enjugándose la frente.*) Pero el porvenir... ¡Ay! que el porvenir se me presenta en perspectiva preñado de catástrofes! Pobre muger mia!... bien me decia yo; no era natural que el Príncipe por solo amor á las artes... Y qué piensan?... que yo me estaré con los brazos cruzados?... Un discipulo de Pergolesi!... no señor, no; yo quiero la fortuna; pero el honor antes que todo si es posible... sí, sí, gritaré, haré ruido... Oh! yo haré ver que no en balde soy músico! El matrimonio no es mas que un duo, nada mas...

y á ese Príncipe galante
le tengo yo que enseñar,
que un duo no ha de acabar
por ser pieza concertante.

(*Con cólera*) Oh! veremos, veremos... (*Contentándose.*) Es decir... veremos, sí... pero por ahora vamos cantando en octava baja, y aun, si es necesario pongamos la sordina. El sobrinito tiene una cabeza romana; es un verdadero Julio César. Mejor será advertir al Cardenal... Eso, eso... vaya un acto de valor... un billete anónimo... (*Va á la mesa y escribe sin sentarse*) «Cuidado, monseñor, el soprano es una muger, lo cual se le probará á Vuestra Eminencia, si es necesario.» (*Doblando la carta.*) Con esto, yo estoy seguro de que la hará salir de aqui, y no viéndola el Príncipe... pero cómo hacer llegar á sus manos?...

GERTRUDIS.—(*Dentro.*) El breviario de monseñor?... su breviario!... debe estar en el salon.

GUIMBARDINI.—Su breviario! Oh, idea feliz!... (*Mete la carta entre el breviario que está sobre la mesa.*) Parece que le lee alguna vez que otra.

ESCENA II.

GUIMBARDINI, GERTRUDIS, un CRIADO.

GERTRUDIS.—(*Al criado.*) Cuando digo que le he visto! Vamos, le ves sobre la mesa? Toma. Llévale al instante. (*Se va el criado con el breviario.*)

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Ya partió... esto no va mal... (*Alto á Gertrudis.*) Qué es eso, señora Gertrudis? me parece que está usted agitada...

GERTRUDIS.—Y no es sin razon, señor organista... Cuando pienso en ese pobre Gianino!...

GUIMBARDINI.—Eh! Qué le ha sucedido? Se ha descubierta la verdad?

GERTRUDIS.—Cómo! sabe usted.

GUIMBARDINI.—Sí, me lo ha confiado todo, es una muger.

GERTRUDIS.—(*Asustada.*) Silencio!... Dios miol... que monseñor, que nadie en el mundo pueda sospechar siquiera semejante secreto.

GUIMBARDINI.—Y por qué?

GERTRUDIS.—(*Con misterio.*) Escuche usted... una vez que posee usted su confianza puedo hablar con franqueza... (*Mirando á todos lados.*) Sepa usted, pues, que ahora mismo vengo de hablar con el señor Scaramela, el mayordomo de monseñor, á quien queria consultar sobre este negocio, porque yo le consulto sobre todo; «Señora Gertrudis» me ha dicho... «Por nuestra señora del Carmelo no se mezcle usted en ese asunto, parecido á otro que sucedió hace algunos años. Una cantatriz se presentó delante del Santo Padre y de los cardenales disfrazada de hombre; se supo; y ella y su marido, que habia sido su cómplice, fueron encerrados en el castillo de Sant Angelo... (*Bajando la voz*) y jamás se ha podido saber lo que fué de ellos!»

GUIMBARDINI.—(*Temblando.*) En... en el castillo de Sant Angelo... y... y el... marido... tambien?

GERTRUDIS.—Tambien... él era el mas culpable, por haber consentido...

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Misericordia! Pues señor, la hicimos... Yo que he asegurado al Cardenal que era un verdadero soprano... felizmente nadie sabe que soy su marido, y nada me puede descubrir.

ESCENA III.

DICHOS, JUANITA.

JUANITA.—(*Con interés.*) Amigo mio! al fin te encuentro! Ya habras debido comprender mi posicion; yo no podia explicarte delante del Cardenal y su sobrino...

GUIMBARDINI.—(*Haciéndola señas de que calle*) Hem!... que!... la... si...

JUANITA.—(*Sin reparar en las señas.*) Pero ya estoy libre... y puesto que la casualidad te vuelve á mi ternura...

GERTRUDIS.—(*Asombrada.*) Cómo?... Qué dice?...

JUANITA.—Sí, sin duda... él es... es mi marido.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Ya la soltó! malditas mujeres!

GERTRUDIS.—Su marido de usted.

GUIMBARDINI.—(*Con frialdad.*) Qué quiere decir esto? Permita usted, caballero mio... digo señora mía... usted me toma por algun otro, yo no conozco á usted.

JUANITA.—Cómo!...

GUIMBARDINI.—(*Bajo á su muger.*) No digas nada, ya lo sabrás todo.

GERTRUDIS.—Cómo es eso? no le conoce usted y acaba de asegurarme...

GUIMBARDINI.—(*Confuso.*) Sí, que me habia confiado... es verdad... pero, lo que es personalmente... yo no soy... es decir... cuando.

JUANITA.—(*Conmovida.*) Cómo! caballero, no es usted mi marido?

GUIMBARDINI.—Ni jamás lo he sido, lo puedo jurar... (*Bajo á Juanita pasando á su derecha.*) Cálmate, por Dios; yo te amo más que nunca... pero delante de los hombres... (*Aparte.*) Dios mío, qué situación! Ay! himeneo que caro me cuestas!... (*Después de un instante de reflexión.*) Pues, señor, no hay más que un medio de salir de este pantano... me voy... (*Da algunos pasos hacia la puerta.*)

JUANITA.—(*Casi llorando*) Qué iniquidad! abandonarme segunda vez, y precisamente cuando tanta necesidad tengo de consejos... cuando el Príncipe está empeñado...

GUIMBARDINI.—(*Vuelve rápidamente y se coloca entre Juanita y Gertrudis.*) Eh!... El Príncipe!... en qué se ha empeñado?...

JUANITA.—(*Con despego.*) Qué le importa á usted? usted no es mi marido.

GUIMBARDINI.—Oh!... yo quiero saber...

GERTRUDIS.—Usted quiere?... y cuál es su derecho para hablar así?...

GUIMBARDINI.—Ninguno, señora, ninguno... pero por su mismo interés.. ya ve usted... una pobre muchacha... y luego... la humanidad... la sensibilidad... el castillo de Sant Angelo... (*Aparte.*) Si sé lo que me digol...

GERTRUDIS.—(*Mirando adentro.*) Monseñor!

ESCENA IV.

DICHOS, y EL CARDENAL.

CARDENAL.—(*Con un papel en la mano.*) Por el Vaticano! Es preciso que haya gentes bien malas para...

GERTRUDIS.—Qué eso, monseñor?

CARDENAL.—Una infamia que me ha irritado.. un billete anónimo.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Ah! Imbecil!.. pues, el mio... por fortuna que no podrá adivinar...

CARDENAL.—(*Leyendo*) Cuidado, monseñor, el soprano es una muger, lo cual se le probará á Vuestra Eminencia, si es necesario.

GERTRUDIS.—Dios mio!

JUANITA.—(*Aparte.*) Soy perdida.

CARDENAL.—(*A Juanita.*) No tema usted nada, no lo he creído; tengo ojos, á Dios gracias; y es necesario que se me haya creído demasiado necio... Pero yo sabré qué motivos ha tenido el insolente.

GERTRUDIS.—Sabe, monseñor, quién es?

CARDENAL.—(*Mirando á Guimbardini.*) Sí, le conozco.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Oíme!

CARDENAL.—Y vea usted qué ingratitud!.. es un hombre á quien por respetos vuestros acababa yo de acoger, de colocar... Había recibido de él varios memoriales; traía todavía conmigo, y comparando la letra...

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Válgame San Dimas el buen ladrón!

CARDENAL.—(*Señalando á Guimbardini.*) En una palabra, es el señor.

LAS DOS MUJERES.—Él...

JUANITA.—Cómo! es él quien me acusa?

GERTRUDIS.—El organista!... con que es decir que ha venido aquí á embrollar á todo el mundo?...

CARDENAL.—(*Pasando junto á Guimbardini.*) Responda usted, desgraciado.

GUIMBARDINI.—Monseñor!...

CARDENAL.—Responda usted... cómo ha escrito usted esta carta?

GUIMBARDINI.—(*Turbado.*) No lo sé, monseñor... maquinalmente... para probar una pluma que acababa de cortar.

GERTRUDIS Y JUANITA.—Cómo!...

CARDENAL.—Es preciso que haya algún motivo...

GUIMBARDINI.—No, monseñor, ninguno.

CARDENAL.—Luego es usted un calumniador.

GUIMBARDINI.—Yo calumniador, no tal...

CARDENAL.—Pruébelo usted, pues.

GUIMBARDINI.—(*Aterrado.*) Cómo!...

CARDENAL.—De lo contrario, le hago á usted prender en el acto.

LAS DOS MUJERES.—Monseñor!...

CARDENAL.—El decoro de mi casa lo exige... no hay remedio... si no habla, á la cárcel.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Y al castillo de Sant Angelo, si hablo!... es imposible encontrarse en una posición mas falsa!

ESCENA V.

LOS MISMOS, *un* CRIADO.

CRIADO.—(*Con un pliego.*) Monseñor, el notario del Cardenal Cagliari os envia este contrato. Dice que Su Eminencia está conforme con todos sus artículos, y que sólo falta vuestra firma y la del Príncipe.

CARDENAL.—(*Cogiendo con rabia el contrato.*) Sólo esto me faltaba... yo que esperaba que esto se dilataría... y mi sobrino aferrado en que no; todo se conjura contra mí.

GERTRUDIS.—Monseñor va á caer malo.

CARDENAL.—Y qué me importa?... Mi sobrino!... oh! le desheredaré; pero entretanto alguno lo pagará. (*Reparando en Guimbardini.*) Hola! caballerito!... á ver, un alguacil...

JUANITA.—(*Pasando junto al Cardenal.*) Un momento, monseñor... aun no lo sabeis todo.

CARDENAL.—Como! alguna nueva habilidad?...

JUANITA.—Sí, señor.

GUIMBARDINI.—Oh venganza femenil!

CARDENAL.—Hable usted pronto.

JUANITA.—Al instante... pero no puedo revelaros este secreto, si antes no me concedéis un perdon.

CARDENAL.—Para él? (*Señalando á Guimbardini.*)

JUANITA.—No; para otro.

CARDENAL.—Para nadie. Estoy muy irritado, y no se obtendrá nada de mí.

JUANITA.—Nada? Y si yo consiguiera de vuestro sobriño que os obedeciera y firmase el contrato?

CARDENAL.—El contrato! Ah, Gianino!... si tú logras eso .. todo lo que quieras... todo lo que esijas yo te lo concedo desde ahora.

JUANITA.—Dadme ese papel.

CARDENAL.—(*Dándosele.*) Pero, cómo te compondrás para?

JUANITA.—Eso es cosa mia.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Dios mio! si tendrá esto que que ver conmigo.

JUANITA.—Descansad en mí, monseñor. Oigo al Príncipe que viene; dejadle solo conmigo.

GUIMBARDINI.—(*Aparte*) Solo!... tengo frio de terciñal!...

GERTRUDIS.—(*Aparte á Juanita.*) Pero, señorita!...

JUANITA.—(*Lo mismo á ella.*) Fie usted en mi prudencia.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, EL PRINCIPE

CARDENAL.—Ingrato! puesto que no te bastan mis consejos; oye á Gianino, óyele... la amistad va á hablarte por su boca; te deajo solo con él.

PRÍNCIPE.—Pero, qué sucede? Qué tienen ustedes todos?... se puede saber?

CARDENAL.—El te lo dirá... (*A Gertrudis y á Guimbardini.*) Ustedes por aqui conmigo.

GUIMBARDINI.—(*Sin oír al Cardenal.*) Y los deixo aqui solos! solos! si no fuera por el castillo de Sant Angelo! (*El Cardenal coge á Guimbardini por un brazo y lo saca casi por fuerza.*)

ESCENA VII.

EL PRÍNCIPE, JUANITA.

PRÍNCIPE.—(*Despues de un momento de silencio.*)

Pero, en fin: se puede saber lo que esto significa?

Qué es lo que tiene usted que decirme?

JUANITA.—(*Timidamente.*) No lo adivináis, monseñor?

Ese matrimonio, en el cual consentisteis ayer, y que hoy rehusáis...

PRÍNCIPE.—Cierto, ayer, me era indiferente... pero, ya se lo he dicho esta mañana; su vista de usted ha hecho renacer en mí recuerdos...

JUANITA.—De una muger que apenas habeis visto, á quien no volveréis á ver...

PRÍNCIPE.—He ahí lo que me desespera... es verdad, yo no la vi apenas; pero fué lo bastante para amarla con todo mi corazon. Yo soy feliz con mis recuerdos, con esa ilusion que arrebatándome á un mundo ideal, me la hace ver como á un angel de belleza, que embalsama el aire que me rodea. Quién mas feliz que yo, aquel dia en que oprimiendo entre las mias una de sus manos, que ella me habia abandonado...

JUANITA.—(*Vivamente.*) Que vos tomásteis, monseñor.

PRÍNCIPE.—(*Admirado.*) Cómo? Qué decis?... Yo no he confiado á nadie...

JUANITA.—(*Turbada.*) Es que... es que... me lo ha dicho ella misma.

PRÍNCIPE.—Ella?... la ha visto?... usted la conoce?...

JUANITA.—(*Reponiéndose.*) Puesto que es imposible ocultaros la verdad... Qué! monseñor, esta semejanza que tanto os ha admirado, no os ha dicho?...

PRÍNCIPE.—(*Vivamente.*) Qué?... hable usted!...

JUANITA.—Que es mi hermana.

PRÍNCIPE.—(*Con alegría.*) Su hermana!... Y será cierto? sí, sí, yo debía haberlo adivinado... Su hermana!... ah, Gianino! Qué feliz soy! Pero, dígame usted, qué es de ella? cuándo la volveré á ver? dónde está? Sabe que desde nuestra separacion no he cesado un instante de pensar en ella, que no puedo olvidarla?

JUANITA.—Es preciso, sin embargo.

PRÍNCIPE.—Olvidarla!... yo!...

JUANITA.—Ella os lo ruega, por su tranquilidad, por su reposo. Qué esperanza podeis conservar?... Pensad que está casada con un hombre á quien ama.

PRÍNCIPE.—A quien ama!...

JUANITA.—Sí, monseñor; su marido merece su estimacion.

PRÍNCIPE.—Gianino!... Pero, dónde está?

JUANITA.—No puedo decirlo; me lo ha prohibido.

PRÍNCIPE.—(*Con mucho calor.*)—¡Ah! yo se lo pido á usted con toda el alma, Gianino!... yo no quiero nada que pueda afligirla, disgustarla; pero cuando sepa todo lo que la amo, lo que he sufrido lejos de ella!... es imposible que me niegue... siquiera su compasion.

JUANITA.—Monseñor!...

PRÍNCIPE.—Si es preciso renunciar á ella, si ella lo exige... bien, renunciaré!... pero al menos que la oiga, que la vea un solo instante...

JUANITA.—Y qué, por verla un instante?...

PRÍNCIPE.—Doy mi fortuna, si es necesario.

JUANITA.—No es menester tanto. Consentid en lo que vuestro tio desea, firmad este contrato, y yo os prometo que la vereis.

PRÍNCIPE.—La veré? me lo promete usted?...

JUANITA.—Os lo juro.

PRÍNCIPE.—Cuándo?

JUANITA.—Mañana.

PRÍNCIPE.—(*Vivamente.*) Deme pues el contrato. (*Le toma, corre á la mesa y firma.*)

JUANITA.—(*Mientras el Príncipe firma.*) Será cierto!...

PRÍNCIPE.—(*Volviéndole el contrato.*)

Toma, Gianino, toma!...
y á tu hermana le dirás
que al que tanto la adoró
á ser suyo renunció...
pero, olvidarla!... jamás!
Llorar triste me verás...
no importa, tendré valor;
¿qué es un siglo de dolor
por verte, ilusion querida?
sí, mi libertad, mi vida,
por un instante de amor!

JUANITA.—(*Enjugando una lágrima.*) Ella lo sabrá,
monseñor.

Huirá de vos presurosa...
lo quiere asi la fortuna;
mas cuando brille la luna

en la noche silenciosa,
su mirada cariñosa,
hacia Roma volverá,
desde allí saludará
las torres del Vaticano
donde un amigo, un hermano
pensando en ella estará.

PRÍNCIPE.—(*Reparando en su conmoción.*) Cómo!...
estás conmovido!... qué tienes?...

JUANITA.—Nada, pienso en mi hermana; si, vos mere-
ceis su amistad, la mia; ella debe agradecer un
amor tan noble, tan generoso... sí, (*Tendiéndole su
mano*) la vereis hoy mismo.

PRÍNCIPE.—(*Fuera de sí.*) Hoy mismo!... (*Abrazándola.*) Ah! mi amigo, mi verdadero amigo!...

JUANITA.—(*Separándose.*) Monseñor!...

GUIMBARDINI.—(*Aparece en la puerta del fondo.*) Huy!!
qué desentono.

PRÍNCIPE.—(*Con delirio.*) Ah! nada me queda que
desear. (*Juanita al ver á su marido se va precipi-
tadamente.*)

ESCENA VIII.

GUIMBARDINI, EL PRÍNCIPE.

GUIMBARDINI.—No le queda nada que desear!... Dios
me favorezca!...

PRÍNCIPE.—(*Queriendo seguir á Juanita*) Dónde vas?

GUIMBARDINI.—(*Estorbándole el paso.*) Oh! esto es
demasiado, conteneos, monseñor.

PRÍNCIPE.—(*Queriendo desasirse.*) Qué tienes que ver tú en esto? quieres dejarme?...

GUIMBARDINI.—No señor, no os dejaré... aunque me prendan, aunque me maten... aunque jamás se presente una ópera mia, yo no sufriré que sigais á mi muger.

PRÍNCIPE.—Tu muger!

GUIMBARDINI.—Ó el soprano, como gustéis.

PRÍNCIPE.—Qué dices? Gianino!...

GUIMBARDINI.—Es una muger.

PRÍNCIPE.—(*Desconcertado.*) Una muger!

GUIMBARDINI.—Eso es, haceos el inocente! demasiado lo sabeis vos.

PRÍNCIPE.—No, yo te lo juro. Pero, y tú, desgraciado, por qué antes no me lo digiste?...

GUIMBARDINI.—Esa es buena! lo sabia yo de cierto por ventura? sé yo mismo quién soy? músico y marido sin poder ser lo uno ni lo otro, con dos estados á la vez y sin poder egercer ninguno... hambriento de gloria, y amante de mi muger, y en himeneo como en música obligado á guardar el anónimo.

PRÍNCIPE.—Pero, por qué no te diste á conocer á mí, á mí siquiera?

GUIMBARDINI.—A vos, que queriais matar al marido de Juanita, si tenia la desgracia de ponerse delante de vos?

PRÍNCIPE.—Qué locura!... Pero entretanto, yo soy la víctima... sabe, para tu tranquilidad, que Juanita, por engaños, por astucia... ó mas bien por virtud, acaba de hacerme casar con otra.

GUIMBARDINI.—(*Con gozo.*) Casado! vos, Príncipe

mio! con que ya sois de los nuestros! Permitid que sea yo el primero que os felicite... el primero que felicite á un cofrade, á un ilustre cofrade!

PRÍNCIPE.—(*Aparte.*) No me faltaba mas que esto!

ESCENA IX.

LOS SOBRINOS, EL CARDENAL.

CARDENAL.—(*Con alegría.*) Sobrino mio, mi querido sobrino! deja que te abrace! no estoy en mí de gozo; acabo de recibir el contrato firmado por tí. El Cardenal Cagliari estaba justamente en mi gabinete, y se le ha llevado .. todo está concluido... y esta noche recibireis de mi mano la bendicion nupcial.

PRÍNCIPE.—Y Gianino?

CARDENAL.—Ah! Pobre niño! Qué corazon tan hermoso! estaba tan conmovido por mi dicha, que se le saltaban las lágrimas al darme el contrato... vamos, yo no me pude contener y me arrojé á sus brazos.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Cómo! tambien este?

CARDENAL.—Oh! y él era muy acreedor á esta muestra de mi reconocimiento.

GUIMBARDINI.—(*Aparte.*) Vamos, si lo que está de Dios!...

PRÍNCIPE.—Pero dónde está? qué es de él?

CARDENAL.—Me dejó para venir, según me dijo. á cumplirte una promesa que te habia hecho. Yo creí encontrarle aqui.

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS y JUANITA precedida por GERTRUDIS.

CARDENAL.—Qué veo! una muger!

PRÍNCIPE.—(*Vivamente.*) Ella es, mi desconocida.

JUANITA.—Ó mas bien la muger del señor.

GUIMBARDINI.—(*Mirando al Cardenal.*) Es decir... es segun... de todos modos yo no soy cómplice de...

JUANITA.—(*Sonriendo.*) Nada temas: no hay ningun peligro en decirlo... ahora mismo partimos para Nápoles.

PRÍNCIPE.—Para Nápoles?

JUANITA.—Sí, tengo para aquella capital un ajuste mucho mas ventajoso que el que se me ofrecia aqui.

GUIMBARDINI.—Mas ventajoso! Muger adorada, te encuentro al fin! no ha sido sin penas y sin trabajos.

CARDENAL.—Era una muger! .. y yo que en mi alegria la abracé... (*Levantando los ojos al Cielo.*) Lo que somos!...

JUANITA.—(*Acercándose tímidamente al Cardenal.*) Monseñor, yo he causado mil disturbios en esta casa; pero ya que he sido bastante dichosa para secundar vuestras miras, os pido por toda recompensa, que os digneis dispensarme vuestra proteccion. Si se descubre mi secreto, no consintáis que se me persiga.

CARDENAL.—Yo mismo estoy muy interesado en ello. Le oye usted, Gertrudis, silencio.

GERTRUDIS.—Ya sabeis, monseñor, que soy callada.

JUANITA.—(*Conmovida y mirando al Príncipe.*) Por lo demas, nunca olvidaré el tiempo que he pasado en casa de monseñor, ni la amistad con que en ella se me ha honrado.

GUIMBARDINI.—Ciertamente, nunca olvidaremos sus bondades, yo sobre todo.

PRÍNCIPE.—(*Conmovido.*) A Dios, pues, amigos míos; en cualquier parte donde yo esté, contad con un amigo. Tío mío, me ha prometido usted que tan luego como le obedeciera podría emprender mis viajes.

CARDENAL.—Es muy justo; sí, amigo mío, en el momento que te cases, quedas libre.

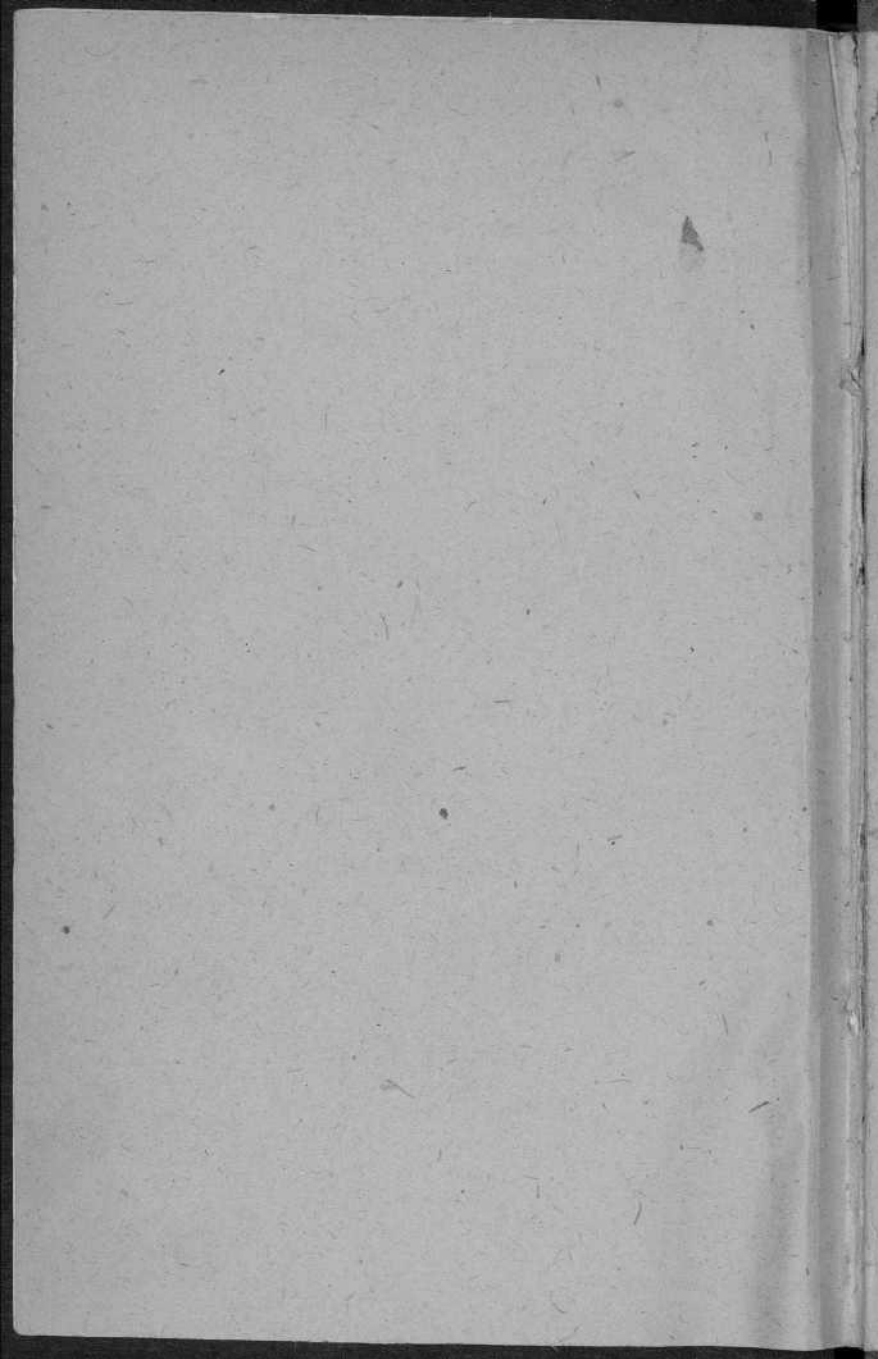
PRÍNCIPE.—A Dios otra vez; hacedme saber los triunfos de Juanita, y esto me consolará; deba yo á las artes la única felicidad que puedo gozar en mi vida, porque desde hoy no quiero ser mas que artista.

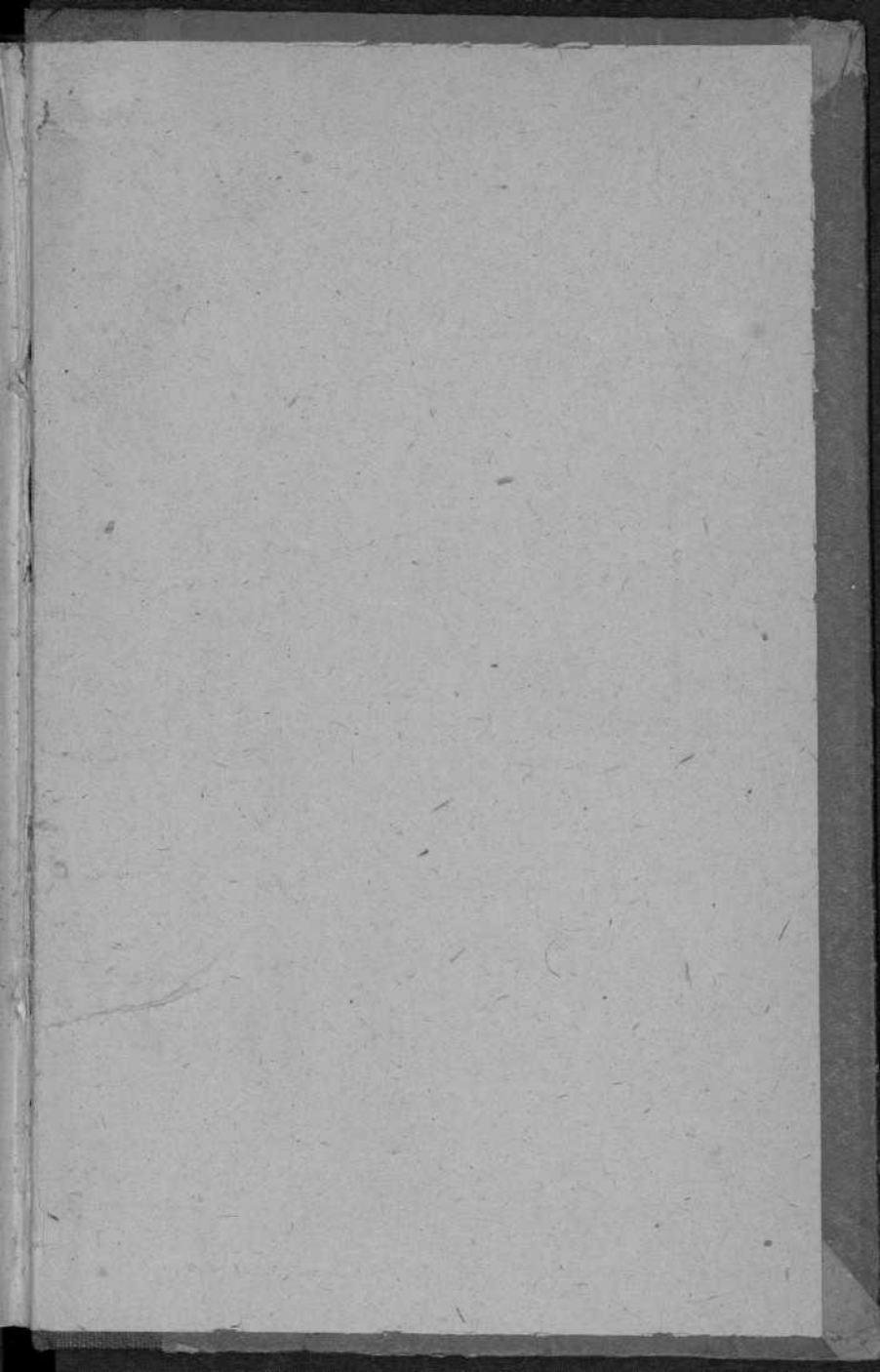
GUIMBARDINI.—(*Al público.*) Yo quisiera merecer de vosotros... me he turbado; vamos, me he desentonado y voy á echarlo á perder; mira, acaba tú muger.

JUANITA.....Pero, por qué os aturdis?
si al público os dirigis
no temais, no será en vano;
vereis... (*Al público*) aqui está el soprano.
Le silbais, ó le aplaudís?

FIN DE LA COMEDIA

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9





1.

13.736